



DIFERENCIAS ENTRE SEXOS EN LOS CELOS ROMANTICOS: UNA CONFRONTACION TEORICA

*Jesús M. Canto Ortiz**

*María de Carmen Burgos Gálvez**

Facultad de Psicología de la Universidad de Málaga (España)

RESUMEN: En las últimas décadas los celos han sido una de las emociones más investigadas en psicología social. Los celos son un factor extremadamente importante en la violencia de los hombres contra las mujeres. Diversas teorías se han desarrollado para analizar las causas de los celos y para comprender si existen diferencias entre hombres y mujeres. Una de las principales líneas de investigación ha tratado si las mujeres son más sensibles a la infidelidad emocional y los hombres más sensibles a la infidelidad sexual. Los datos no apoyan de forma clara la existencia de diferencias entre hombres y mujeres y hay teorías que se ofrecen como marcos teóricos alternativos.

INTRODUCCION

La psicología social y las ciencias sociales han mostrado un gran interés en el estudio de la agresión y la violencia (Smith y Mackie, 1997; Krahe, 2001). Las investigaciones se centraron principalmente en la agresión física, analizando el daño psicológico producido por tal agresión. En las últimas décadas ha tenido lugar un incremento notable de la investigación sobre la agresión de carácter psicológico, a partir de la toma de conciencia de su relevancia social al ser mucho más frecuente de lo que se

pensaba en las sociedades occidentales. Algunos ejemplos de la relevancia social de las conductas de agresión o acoso psicológico se hallan en el ámbito de la violencia de pareja, en el ámbito de la violencia laboral (*mobbing*), en el ámbito de la violencia escolar (*bullying*), etc. (Hirigoyen, 1998; Rodríguez-Carballeira y cols, 2005).

En lo que se refiere a la violencia a las mujeres se constata que, en todas las sociedades, las mujeres han sido objeto de actos violentos por parte de los hombres (Bosch y Ferrer, 2002). Las sociedades occidentales más desarrolladas no se libran de este problema. Las mujeres no son sólo objeto de actitudes sexistas (Glick y Fiske, 1996) y, por tanto, de discriminación, sino que también sufren actos violentos, entre los que se encuentran los malos tratos psicológicos y físicos por parte de sus parejas y exparejas. La violencia de pareja hacia las mujeres ocurre en todos los países del mundo y afecta a todas las etnias, culturas, clases sociales, edades, niveles educativos y económicos.

Se han desarrollado diversos modelos para explicar el maltrato a las mujeres (Corsi, 1995). Desde una perspectiva feminista se ha considerado que el maltrato tiene su origen en los valores culturales patriarcales que llevan a algunos hombres a tratar de someter a sus parejas o exparejas. En la raíz del problema estarían las creencias y actitudes misóginas que sustentan el sistema patriarcal que impera en nuestra sociedad y que se reflejan en la relación de pareja. De forma específica se explicaría el desarrollo de la violencia en la pareja sosteniendo que ésta es el resultado de un estado emocional intenso (la ira) que interactúa con una actitud de hostilidad (resultado de estereotipos sexuales machistas, de la existencia de celos, de la consideración de la violencia como una forma legítima de solucionar el problema, etc.), con un repertorio pobre de conducta, unos factores precipitantes y una vulnerabilidad de la víctima.

En muchos casos de malos tratos, los celos se hallan presentes (White, 1991;

* Profesor Titular del Departamento de Psicología Social, Antropología Social, Trabajo Social y Servicios Sociales de la Facultad de Psicología de la Universidad de Málaga (España) Dirección: Facultad de Psicología, Campus de Teatinos s/n 29071 Málaga E-mail: jcanto@uma.es



Castilla del Pino, 1995; Echeburúa y Fernández-Montalvo, 2001). Tanto los hombres como las mujeres pueden sentir celos. Siendo así, son mucho más los hombres que las mujeres que someten a su pareja a algún tipo de maltrato psicológico y/o físico. Muchas mujeres son atacadas física, sexual y emocionalmente por sus parejas y exparejas, llegando incluso a morir (Alberdi y Matas, 2002). Los celos son un factor extremadamente importante en la violencia de los hombres contra las mujeres. Daly y Wilson (1988) ya señalaron que la principal causa de violencia contra las mujeres por parte de sus parejas y exparejas era los celos sexuales y la amenaza de abandono por parte de las mujeres.

Admitiendo el carácter multicausal que origina el maltrato en la pareja (sociológico, psicológico, psicosocial, biológico, cultural, etc.) y destacando el papel que puede desempeñar los celos para provocar y justificar la violencia, al comprobar las diferencias entre hombres y mujeres en cuanto la violencia que ejercen sobre sus parejas, hay una línea de investigación en psicología social que se ha preguntado si existen diferencias entre hombres y mujeres en el modo en el que experimentan los celos (Buss, 1994). Comprender tales diferencias y articular el papel que pueden desempeñar los celos, junto con las demás causas que intervienen en la violencia de pareja, es una tarea de vital importancia que puede servir para dilucidar este fenómeno tan serio y complejo.

DEFINICION Y TIPOS DE CELOS

Los celos son una emoción compleja. Celos procede el griego *Zealous*. Serían un mecanismo que tendría como finalidad el mantenimiento de la relación con la pareja. Al ser muy frecuente la infidelidad entre los seres humanos, los celos actuarían como una señal de alarma ante una posible amenaza; de hecho la infidelidad tiene lugar en todas las culturas y en todas las épocas y

suele ser la principal causa de divorcio y maltrato conyugal (Buss y Shackelford, 1997). Aunque se da en todas las culturas, hay importantes diferencias culturales (Puente y Cohen, 2003): a) en la frecuencia, variedad y tipos de eventos que provocan los celos, b) en la legitimidad social de los celos, hay sociedades más proclives a justificar la expresión de celos y c) en las respuestas conductuales provocadas por los celos que son consideradas apropiadas. Ha sido investigado profusamente como en los países donde predomina la cultura del honor (Cohen, Nisbett, Bowdle y Schwarz, 1996) se justifica más fácilmente la violencia de género cuando un hombre puede perder a una mujer. La idea de honor puede estar influyendo en la violencia de género cuando se defiende una idea de masculinidad y feminidad que implica control por parte del hombre y sumisión por parte de la mujer (Shackelford, 2005). Cuando se produce una división de roles sociales entre hombres y mujeres, se encuentra que la identidad de género masculina se relaciona significativamente con una mayor importancia al honor (López-Zafra, 2008). Esta idea de masculinidad promovida por las sociedades patriarcales implica un mayor valor del hombre sobre la mujer, estableciendo una desigualdad en la relación que justifica la violencia sobre las mujeres para mantener el status quo.

Los celos surgen ante la sospecha real o imaginada de una amenaza a una relación considerada valiosa. Pines (1992) define los celos afirmando que son una respuesta a lo que se percibe como una amenaza que se cierne sobre una relación considerada valiosa o sobre su calidad. Entendidos como una emoción, los celos son una respuesta que nos alerta de que una relación que queremos mantener está siendo amenazada. Los celos, como cualquier otra emoción, cumplen algún propósito adaptativo y han sido diseñados para incrementar el éxito ante ciertos desafíos específicos con los que se enfrenta el ser humano (Lazarus, 1991). La experiencia subjetiva de los celos es muy



aversiva (Hupka, 1984) y tendría como finalidad motivar al individuo celoso a proteger una relación considerada valiosa ante la presencia de un rival (Salovey, 1991).

Normalmente los celos se equiparan a los celos románticos (Barrón y Martínez, 2001). Sin embargo, los celos aparecen en distintos tipos de relaciones sociales, como las relaciones familiares, las relaciones de amistad o las relaciones profesionales. Por tanto, los celos hacen referencia a una relación triádica. Según la persona que siente celos, el rival está compitiendo por el objeto amado. Cuando una persona celosa percibe la amenaza a una relación teme perder a su pareja. La percepción de esa posible pérdida provoca ciertas emociones, tales como la ira, la tristeza, el dolor, etc. El celoso siente que el rival no sólo está amenazando a su relación con la persona amada, sino también a algunos aspectos de su yo, como la autoestima (Parrot, 1991; DeSteno, Valdesolo y Bartlett, 2006).

La persona celosa puede sentir envidia cuando percibe que el rival posee un atributo que él no posee o posee en menor medida y por el que su pareja se siente atraída (García-Leiva, Gómez-Jacinto y Canto, 2001). Envidia proviene del latín *Invidere* que significa mirar a alguien con malicia. Pero los celos no se pueden confundir con la envidia (Parrot y Smith, 1993). La envidia ocurre en una relación diádica, en la que la persona envidiosa desea algo que otra persona posee. Sin embargo, los celos surgen ante la pérdida, real o imaginada, de una relación que sí poseemos. Los sentimientos que caracterizan a la envidia son la inferioridad, la autocrítica, la insatisfacción y la preocupación por uno mismo. Sin embargo, los que caracteriza a los celos son la ira, la hostilidad, la sospecha, el rechazo, el resentimiento, etc.

Diversos son los autores que han tratado de establecer una tipología sobre los celos. White (1991) distinguió los siguientes tipos: Los celos sintomáticos, que serían consecuencia de una enfermedad

mental; los celos patológicos, que serían propios de personas especialmente sensibles a las amenazas a la autoestima o a la relación; y los celos normales, que aparecen en personas sin problemas o sin trastornos de salud mental. Surgen como una reacción que puede mostrar cualquiera en una relación ante determinadas condiciones. En esta misma línea Pines (1992) distingue entre los celos normales, como aquellos en los que existe una amenaza imaginaria y/o una respuesta anormal de acuerdo con el contexto cultural, y los celos normales, que serían aquellos en los que la amenaza es real y/o se manifiesta una respuesta adecuada de acuerdo con los valores culturales.

Buunk (1982) distinguió entre los celos actuales y los celos anticipados. Los celos actuales son los que una persona experimenta actualmente o ha experimentado en el pasado ante un acontecimiento. Y los celos anticipados hacen referencia a las expectativas o predicciones de una persona sobre cómo y por qué se sentiría celoso.

La cuarta clasificación distingue entre los celos rencorosos y los celos retrospectivos (Van Sommers, 1989). Si una persona no tiene ningún interés en su actual vínculo emocional con su pareja pero no tolera la presencia de un intruso es un caso de celos rencorosos. Si pretende detalles de una historia anterior se trata de celos retrospectivos.

Paul y Galloway (1994) distinguieron entre los celos preventivos y los celos reactivos. En primer lugar, los celos preventivos surgen ante la sospecha e implicaría una serie de acciones encaminadas a evitar el éxito del rival antes de que ocurra la conducta desencadenante de los celos. Por su parte, los celos reactivos son aquellos que surgen ante un episodio real, en respuesta de una conducta determinada que ya ha tenido lugar.



DIFERENCIAS ENTRE HOMBRES Y MUJERES CUANDO EXPERIMENTAN CELOS

La depresión, la ansiedad, la ira, el incremento del *arousal* sexual y el amor son las emociones más asociadas a los celos (Mathes, Adams y Davies, 1985). Mullen y Maack (1985) definen los celos como la combinación del odio hacia el ser amado por su infidelidad y la envidia hacia el rival, lo que conduce a la persona a la ambivalencia. Por un lado desea y se siente atraído por su pareja, por otro lado la ira le inclina al intento de destrucción de esa persona. Esta desorientación emocional lleva a la conductual, de ahí la frecuente asociación de los malos tratos con los celos. Dentro de la tradición popular se ha supuesto que las mujeres son más propensas a sentir con más intensidad emociones tales como los celos y la envidia que los hombres. Sin embargo, cuando nos aproximamos a la literatura abundan los relatos en los que los celos son sentidos con más fuerza por los hombres. Los datos obtenidos en las investigaciones psicosociales no son concluyentes.

Para Buss (1994) no existen diferencias intersexuales en cuanto a la intensidad y frecuencia de los celos, pero sí en el contenido y en el estímulo desencadenante. Una importante línea de investigación analiza las diferencias entre hombres y mujeres en su forma de experimentar los celos, según el tipo de infidelidad de su pareja (Buss, 2000). Desde una perspectiva evolucionista, una serie de estudios llevados a cabo por Buss y colaboradores obtuvieron que los hombres se sienten más preocupados que las mujeres por una infidelidad sexual de sus parejas y que las mujeres se sienten peor que los hombres ante una infidelidad emocional. Los psicólogos evolucionistas recurren a la predisposición genética para explicar estas diferencias entre hombres y mujeres. Las diferencias encontradas son debidas a los diferentes problemas adaptativos que han tenido que afrontar las mujeres y los hombres

durante el curso de la evolución para garantizar el éxito en la supervivencia y la transmisión de los propios genes. Basándose en la teoría de inversión parental de Trivers (1972), los psicólogos evolucionistas sostienen que existen importantes diferencias entre hombres y mujeres en la cantidad de energía que invierten en la reproducción de sus genes. Los hombres, que pueden fecundar a un número indeterminado de mujeres ya que disponen de la capacidad de generar una cantidad elevada de espermatozoides, realizan una menor inversión de energía que las mujeres para la reproducción con éxito de sus genes. Sin embargo, en las mujeres el periodo de gestación (nueve meses) determina la posibilidad de reproducción de sus genes, por lo que realizan una mayor inversión de energía para este fin: una vez que el óvulo ha sido fecundado, las posibilidades de reproducción de sus genes quedan reducidas al éxito del cigoto en curso. Esta diferencia de inversión entre hombres y mujeres hace que los primeros utilicen con más probabilidad estrategias sexuales primando más la cantidad de relaciones sexuales, mientras que las mujeres se implican más en estrategias sexuales que aseguren la probabilidad del éxito reproductivo centrando sus recursos sobre uno o un número reducido de descendientes.

Las mujeres evolucionarían hacia los celos emocionales porque la infidelidad más amenazante para su prole consistía en que el hombre dirigiera sus recursos a otra mujer y a otros hijos. Es decir, las mujeres, con el fin de tener un compañero que le garantizara los recursos para el cuidado de su prole, requerirían de una pareja que fuera fiel emocionalmente. Por su parte, la evolución de los hombres hacia los celos sexuales tiene que ver con el intento de garantizar la paternidad y tener certeza de que las inversiones en la prole lo son en los propios genes. Así, pues, los hombres para garantizar la transmisión de sus genes necesitarían una pareja sexualmente fiel y así evitar el riesgo de invertir en un hijo que no fuera suyo (Buss, 2000). Para los



psicólogos evolucionistas (Pinker, 1997), la mente humana estaría compuesta por distintos módulos, cada uno diseñados por la selección natural para resolver un problema adaptativo de nuestros ancestros. En el ser humano habría, por lo tanto, un módulo innato específico para tratar las situaciones de celos de naturaleza dimórfica en hombres y en mujeres.

Desde una perspectiva cultural (DeSteno y Salovey, 1996; DeSteno, Bartlett, Braverman y Salovey, 2002; Harris, 2000; 2003 a; 2003b; Harris y Christenfeld, 1996; Hupka, 1981; 1991; Hupka y Bank, 1996) se han ofrecido explicaciones alternativas que sitúan el origen de tales diferencias entre hombres y mujeres en el proceso de socialización diferencial y en la influencia social y cultural. Las diferencias entre hombres y mujeres serían explicables desde las diferentes adscripciones de unos y otros a las normas y roles de género dominantes en un contexto ideológico determinado. Las diferencias sexuales serían producto de las diferentes expectativas que los hombres y mujeres atribuyen al comportamiento social (Eagly, 1987).

Dentro de la perspectiva que hemos denominado cultural, se puede distinguir los planteamientos socioconstructivistas y los planteamientos sociocognitivos. Considerar los celos como construcción social implica admitir que las emociones surgen porque la interpretación de la situación, su construcción social a partir del sistema sociocultural de valores, creencias y normas, la hacen apropiada para experimentar una emoción determinada (Armon-Jones, 1986). Las emociones han de ser consideradas como fenómenos complejos, entre cuyos elementos esenciales están un conjunto de juicios y deseos derivados del sistema de creencias, principios y valores propios de la comunidad y, además, se asume que el sistema de creencias y valores que caracterizan a cada emoción se aprende a través del proceso de socialización (que puede ser diferenciado para hombres y mujeres en

cada cultura). De ahí que, tal como lo expresa Hupka (1981), los celos surgirían en función de los acuerdos socialmente compartidos sobre qué situaciones suponen una amenaza a algún aspecto relevante que el individuo posee (por ejemplo: la propiedad sexual, la valoración del *self*, etc.). A diferencia de las concepciones de carácter sociobiológico, las emociones no son respuestas innatas activadas por las características de determinadas situaciones sino patrones de interpretación y respuesta en situaciones socialmente configuradas (Barrón y Martínez, 2001). Sin negar la participación de los estados de activación fisiológica en los procesos emocionales y sin negar la existencia de emociones básicas (Ovejero, 2000), el papel de la activación es matizada, ya que lo que establece la emoción experimentada por el individuo es su relación de la activación fisiológica con el estado de los restantes elementos, internos y del contexto (Averril, 1996).

Por otra parte, en lo que respecta a los modelos sociocognitivos, autores como Brehm (1985), White y Mullen (1989), Mathes (1991), Salovey y Rothman (1991) y Harris (2003 a), han aplicado el modelo cognitivo de Lazarus y Folkman (1984) al análisis de los celos. Desde este planteamiento, la evaluación que un individuo hace de las situaciones que se le presentan es un fenómeno fundamental en la determinación de la emoción que siente. Aceptando los procesos de evaluación asumidos por Lazarus (evaluación primaria, evaluación secundaria y reevaluación), White y Mullen (1989) y Mathes (1991) sostienen que una vez que el individuo ha evaluado la posible relación de su pareja con el rival como algo estresante, esto es lo que desencadenaría los celos, que a su vez se interrelaciona con un conjunto de emociones y estados de ánimo variables (miedo, ira, envidia hacia el rival, culpa, tristeza, etc.). Una vez que el individuo siente celos, y tras evaluar los recursos que dispone para afrontar la situación, puede desplegar distintas



estrategias destinadas a intentar mantener la relación y/o intentar mantener su autoestima. Una vez aplicadas las estrategias elegidas, el individuo celoso volverá a evaluar la eficacia de la estrategia utilizada y, en función de si sigue sintiendo celos o no, volverá a utilizar otras estrategias o dará por finalizada la situación estresante provocadora de celos.

Ante la evidencia de que en investigaciones llevadas a cabo por psicólogos evolucionistas, cuando los participantes tenían que elegir el tipo de infidelidad que más angustia y desolación les producía y más hombres eligieron la infidelidad sexual y más mujeres la infidelidad emocional, DeSteno y Salovey (1996) y Harris y Christenfeld (1996) propusieron por separado explicaciones alternativas a los resultados obtenidos por los investigadores evolucionistas. Ambas explicaciones son muy similares entre sí. Las dos son hipótesis de interdependencia de las dos infidelidades: las personas piensan que la infidelidad sexual y la infidelidad emocional son dependientes y seleccionan como más estresante aquella que creen implica más la ocurrencia de la otra. Esta percepción de interdependencia se relaciona con el sexo de individuo y ello explica las diferencias sexuales halladas habitualmente. Esa es la razón por la que los hombres se preocupan más por la infidelidad sexual, ya que piensan que cuando su pareja ha sido infiel sexualmente ya está enamorada del rival y por la que las mujeres se preocupan más por la infidelidad emocional, ya que piensan que si su pareja está enamorada de otra tendría relaciones sexuales con ella.

La evidencia sobre la diferencia sexual ha sido también objeto de importantes críticas (DeSteno y cols, 2002; Harris, 2003a; Sabini y Green, 2004), ya que hay un buen número de investigaciones en las que los resultados contradicen los planteamientos de Buss (2000). Harris (2003a), al revisar los datos sobre las diferencias de sexo ante los dos tipos de infidelidades, nos informa que los resultados que apoyan la hipótesis

evolucionista de concebir los celos regidos por un módulo innato específico provienen principalmente de los estudios con autoinformes que utilizan el dilema de elección forzada diseñado por Buss y cols. (1992), en el que los sujetos han de elegir el tipo de infidelidad que más les molesta: la infidelidad emocional o la infidelidad sexual. Estos estudios han utilizado mayoritariamente a estudiantes como participantes y se han obtenido en muchos de ellos datos que apoyan la hipótesis evolucionista, al afectarles más a los hombres que a las mujeres la infidelidad sexual, mientras que a las mujeres les afectan más la infidelidad emocional. Harris (2003a) destaca, sin embargo, que existe un número elevado de investigaciones que, utilizando el dilema de elección forzada, no apoyan la hipótesis de Buss y que cuando se utilizan otros tipos de medidas raramente se encuentran tales diferencias entre hombres y mujeres. DeSteno y Salovey (1996) no encontraron evidencia de la interacción sexo por tipo de infidelidad cuando los participantes utilizaban escalas continuas para estimar el daño que sufrirían ante los dos tipos de infidelidades. Contrariamente a la hipótesis de Buss (2000), varios estudios han proporcionado datos que muestran que ambos sexos se alteran más por la infidelidad sexual (DeSteno y cols, 2002; Harris, 2003b).

Por su parte, Sabini y Green (2004) proponen una teoría que distingue entre las emociones que componen los celos. Hallaron que tanto hombres como mujeres estaban más enfadados ante una infidelidad sexual que ante una infidelidad emocional y culpabilizaban más a sus parejas, mientras que sintieron más dolor ante una infidelidad emocional, sin que existan diferencias entre hombres y mujeres. Diferencias también se encuentran en las respuestas proporcionadas cuando los hombres descubren que su pareja está manteniendo una relación paralela con otra persona. Los hombres tienden a estallar en cólera, que en casos extremos se expresan violentamente y tienden a abandonar la relación. Las mujeres tienden a responder con



depresión, culpándose a sí mismas e intentando recuperar a su pareja (White y Mullen, 1989). Otra diferencia señalada por Sabini y Green (2004) es que, ante una infidelidad los hombres son más proclives a proteger y mantener su autoestima, mientras que las mujeres se esfuerzan por mantener la relación.

CONCLUSIONES

Las relaciones sociales satisfacen importantes necesidades de los seres humanos. En buena medida el bienestar psicológico de las personas depende de que éstas sean de calidad. De hecho, las relaciones sociales proporcionan importantes beneficios, por lo que es muy frecuente que los seres humanos compitan entre ellos para obtenerlas (Salovey, 1991). Por ello es normal que existan emociones específicas que tienen como finalidad proteger tales relaciones de las acciones de los rivales. Una de las emociones que tiene como finalidad la protección de las relaciones son los celos (DeSteno, Valdesolo y Bartlett, 2006). Esta emoción ha sido una de las más investigadas en las últimas décadas en el ámbito de la psicología social. Este interés tan amplio que ha suscitado ha dependido no sólo del intenso malestar que provoca los celos en la persona que lo sufre, sino también por estar relacionados con conductas agresivas que se dan en las relaciones de pareja. Durante los episodios de celos, la persona celosa experimenta un miedo intenso a perder a su pareja, un temor a quedarse solo, sentimientos de vergüenza y de humillación y una pérdida del sentimiento de exclusividad sexual (Echeburúa y Fernández-Montalvo, 2001), con conatos intensos, en muchas ocasiones, de cólera e ira incontroladas. El alivio del malestar provocado por los celos se consigue momentáneamente con conductas comprobatorias de las conductas de sus parejas, aumentando el control conductual sobre las mismas y llegando, en casos

extremos, a provocar la muerte de sus parejas antes que admitir su pérdida.

Los celos son un mecanismo clave que probablemente hemos heredado de nuestros antepasados, que se encuentran de una manera u otra en todas las culturas. Pero, independientemente de su carácter universal, es el contexto cultural el que determina qué situación es amenazante para el hombre y para la mujer (Hupka, 1981). Los celos son un tipo de relación social que se da entre personas que conviven en una cultura y en un momento histórico determinado, por lo que siendo un mecanismo heredado, cualquier manifestación de celos nos dice mucho de la relación, de las características de esas personas (persona celosa, pareja y rival), así como de la cultura en la que se den.

El que exista esta variabilidad de respuestas inter e intrasexo es lo que hace que autores como Harris (2003 a), DeSteno y cols, (2002) y Sabini y Green (2004) no acepten la hipótesis de la existencia de un módulo innato específico dimórfico en hombres y mujeres, que sería el responsable de que responderían diferencialmente ante los diversos tipos de infidelidades. Harris (2003 a), sin renunciar a la importancia de la influencia de la evolución en el comportamiento del ser humano, defiende que la evolución podría haber moldeado mecanismos intermedios y no sexualmente dimórficos para resolver el problema adaptativo que supone una amenaza al vínculo afectivo en las relaciones de pareja. De hecho, hay investigaciones en las que se constata una amplia diversidad de respuesta entre las mujeres, al ser más afectadas por una infidelidad de tipo sexual. La perspectiva sociocognitiva de los celos (Harris, 2003 a; Salovey y Rothman, 1991; etc.) ofrece una teoría que asume que la evaluación cognitiva desempeña un papel muy importante cuando una persona experimenta celos y enfatiza la importancia de la interpretación de una variedad de amenazas, además de lo que implica la traición. Este enfoque ha resaltado dos factores que hacen que la infidelidad de la pareja con el rival sean particularmente



amenazantes: cuando desafía a algún aspecto del autoconcepto de la persona que siente celos ante la infidelidad y cuando decrece la cualidad de algún aspecto de la relación. Por ejemplo, Salovey y Rothman (1991) sugieren que los celos son probables que ocurran en respuesta a la amenaza de un rival que es superior a la persona celosa en aspectos que son importantes para su autoconcepto. Aquellas personas que dan más importancia a la actividad sexual se verían más afectadas por la infidelidad sexual y aquellas otras que les dan más importancia a los aspectos emocionales de la relación se verían más afectadas por la infidelidad emocional, independientemente de que sean hombres o mujeres (Canto, García-Leiva, Perles, Sanmartín y Ruiz, en prensa).

Los datos de las múltiples investigaciones no apoyan la tesis de que los celos sean un mecanismo rígido en cuanto el conjunto de estímulos que lo activan y a las conductas que se ponen en funcionamiento. Los celos son muy sensibles al contexto cultural y social. Los cambios que han tenido lugar en Occidente durante los siglos XIX y XX en la institución familiar, en los procesos de elección de pareja y en los fundamentos en los que se asentaban el matrimonio han sido muy importantes. Estos cambios también se reflejan en el desempeño de los roles de género por parte de los hombres y, especialmente, por las mujeres. Ante tales transformaciones, las actitudes e ideología sexista se han vuelto más sutiles, reflejándose de forma hostil hacia aquellas mujeres que transgreden el patrón más tradicional asociado a su género, sobre todo en lo que tiene que ver con las relaciones interpersonales, familiares y sexuales.

Las respuestas que dan hombres y mujeres ante el tipo de infidelidad que más les molesta también son reflejo de esa elevada variabilidad y transformación social (Gómez-Jacinto, Canto y García-Leiva, 2001; Canto, García-Leiva y Gómez-Jacinto, 2009). Cada vez son más los hombres que dicen molestarse más por una infidelidad

emocional, como también hay cada vez más mujeres que son más exigentes en cuanto la fidelidad sexual de su pareja. Los psicólogos evolucionistas, aún admitiendo esos datos, sostienen que el patrón asimétrico de las respuestas de hombres y mujeres se mantiene, ya que son más mujeres las que se sienten más afectadas por la infidelidad emocional. Aquí las teorías sobre los celos siguen enfrentadas, ya que los psicólogos evolucionistas prestan más atención a la asimetría en los resultados y los psicólogos culturalistas lo hacen con las variaciones intrasexo y la diversidad tan amplia de respuestas.

Sin negar la influencia de la evolución, la cuestión radica en observar cómo los hombres y las mujeres experimentan los celos y en preguntarse los procesos psicosociales que se encuentran en la base de las diferencias inter e intrasexo, ya que ciertas diferencias intersexo pueden deberse más a la construcción de la identidad (Harris, 2003 a), al papel desempeñado por la autoestima (DeSteno y cols, 2006) y a síndromes aprendidos culturalmente (Hupka, 1991). Las teorías científicas también desempeñan un papel muy importante en el proceso en el que la persona se construye como sujeto social y en el modo en que justifica sus comportamientos, por lo que la forma en la que se expliquen los celos pueden tener una cierta incidencia en la justificación o no de ciertos comportamientos agresivos que vienen acompañando a los celos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alberdi, I. y Matas, N. (2002). *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*. Barcelona: Fundació La Caixa.

Armon-Jones, C. (1986). The thesis of constructionism. En R. Harré y W. P. Parrot (Eds). *The emotion: Social, cultural and biological dimension* (pp. 32-56). London: Sage.



- Averril, J. R. (1996). An analysis of psychophysiological symbolism and its influence on theories of emotion. En R. Harré y W. P. Parrot (Eds). *The emotion: Social, cultural and biological dimension* (pp. 204-228). London: Sage.
- Barrón, A. y Martínez, D. (2001). *Los celos: una perspectiva psicológica y social*. Málaga: Aljibe.
- Bosch, E. y Ferrer, V. A. (2002). *La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata*. Madrid: Cátedra.
- Brehm, S. (1985). *Intimate relationships*. New York: Doubleday.
- Buss, D. (1994). *The evolution of desire: Strategies of human mating*. New York: Basic Books.
- Buss, D. (2000). *The dangerous passion: Why jealousy is as necessary as love and sex*. New York: Free Press.
- Buss, D. M., Larsen, R. J., Westen, D. y Semmelroth, J. (1992). Sex differences in jealousy: Evolution, physiology, and psychology. *Psychological Science*, 3, 251-255.
- Buss, D. y Shackelford, T. K. (1997). From vigilance to violence: Mate retention tactics in married couples. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72, 346-361.
- Buunk, B. (1982). Anticipated sexual jealousy: Its relationships to self-esteem, dependence, and reciprocity. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8, 310-316.
- Canto, J. M., García-Leiva, P. y Gómez-Jacinto, L. (2009). Celos y emociones: Factores de la relación de pareja en la reacción ante la infidelidad. *Atenea Digital*, 15, 39-55.
- Castilla del Pino, C. (1995). *Celos, locura, muerte*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Cohen, D., Nisbett, R., Bowdle y Schwarz, N. (1996). Insult, aggression, and the southern culture of honor: an experimental ethnography. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70 (5), 945-960.
- Corsi, J. (1995). *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Buenos Aires. Paidós.
- Daly, M. y Wilson, M. (1988). *Homicide*. Hawthorne, New York: Aldine de Gruyer.
- DeSteno, D.A. y Salovey, P. (1996). Evolutionary origins of sex differences in jealousy? Questioning the "Fitness" of the Model. *Psychological Science*, 7, 367-372.
- DeSteno, D. A., Bartlett, M., Braverman, J. y Salovey, P. (2002). Sex differences in jealousy: Evolutionary mechanism or artifact of measurement? *Journal of Personality and Social Psychology*, 83, 1103-1116.
- DeSteno, D. A., Valdesolo, P. y Bartlett, Y. (2006). Jealousy and the threatened self: Getting to the Herat ad the green-eyed monster. *Journal of Personality and Social Psychology*, 91 (4), 626-641.
- Eagly, A. H. (1987). *Sex differences in social behavior: A social role interpretation*. Hillsdale, Nj: Erlbaum.
- Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (2001). *Celos en la pareja: una emoción destructiva*. Barcelona: Ariel.
- García-Leiva, P., Gómez-Jacinto, L. y Canto, J. M. (2001). Reacción de celos ante una infidelidad: diferencias entre hombres y mujeres y características del rival. *Psicothema*, 13 (4), 611-616.
- Glick, P. y Fiske, S. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491-512.
- Gómez-Jacinto, L., Canto, J. M. y García-Leiva, P. (2001). Variables moduladoras de las diferencias de sexo en los celos. *Revista de Psicología Social*, 16 (3), 293-313.
- Harris, C. R. (2000). Psychophysiological responses to imagined infidelity: The specific



- innate modular view of jealousy reconsidered. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 1082-1091.
- Harris, C. R. (2003 a). A review of sex differences in sexual jealousy, including self-report data, psychophysiological responses, interpersonal violence, and morbid jealousy. *Personality and Social Psychology Review*, 7 (2), 102-128.
- Harris, C. R. (2003b). Factors associated with jealousy over real and imagined infidelity: An examination of the social-cognitive and evolutionary psychology perspectives. *Psychology of Women Quarterly*, 27, 319-329.
- Harris, C. R. y Christenfeld, N. (1996). Gender, jealousy, and reason. *Psychological Science*, 7, 364-366.
- Hirogoyen, M. F. (1998). *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Barcelona: Paidós.
- Hupka, R. B. (1981). Cultural determinants of jealousy. *Alternative Lifestyles*, 4, 310-356.
- Hupka, R. B. (1984). Jealousy: Compound emotion or label for a particular situation? *Motivation and Emotion*, 8, 141-155.
- Hupka, R. B. (1991). The motive for the arousal of romantic jealousy: Its cultural origin. En P. Salovey (Ed.). *The psychology of jealousy and envy* (pp. 252-270). New York: Guilford.
- Hupka, R. B. y Bank, A. L. (1996). Sex differences in jealousy: Evolution or social construction? *Cross Cultural Research*, 30, 24 - 59.
- Krahé, B. (2001). *The social psychology of aggression*. London: Psychology Press.
- Lazarus, R. S. (1991). *Emotion and adaptation*. New York. Oxford University Press.
- Lazarus, R. S. y Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal and coping*. New York: New Science Company.
- López-Zafra, E. (2008). Relación entre Cultura el Honor e identidad de género: el papel del sexo, edad y nivel de estudios en la predisposición a la violencia. *Revista de Psicología Social*, 29 (2), 209-220.
- Mathes, E. W. (1991). A cognitive theory of jealousy. En P. Salovey (Ed). *The psychology of jealousy and envy* (pp. 52-78). New York: Guilford Press.
- Mathes, E. W., Adams H. E. y Davies, R. M. (1985). Jealousy: loss of relationships rewards, loss of self-esteem, depression, anxiety, and anger. *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, 1227-1231.
- Mullen, P. E. y Maack, L. H. (1985). Jealousy, pathological jealousy, and aggression. En D. P. Farrington y J. Gunn (Eds). *Aggression and dangerousness* (pp. 103-126) New York: Wiley.
- Ovejero, A. (2000). Emotions: reflections from a socioconstructionist perspective. *Psicothema*, 12, 16-24.
- Parrot, W. G. (1991). The emotional experiences of envy and jealousy. En P. Salovey (Ed.). *The psychology of jealousy and envy* (pp. 3-30). New York: Guilford.
- Parrot, W. G. y Smith, R. H. (1993). Distinguishing the experiences of envy and jealousy. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 203-211.
- Paul, L. y Galloway, J. (1994). Sexual jealousy: Gender differences in response to partner and rival. *Aggressive Behavior*, 20, 203-211.
- Pines, M. (1992). *Romantic jealousy*. New York: St Martin's Press.
- Pinker, S. (1997). *How the mind works*. New York: Norton.
- Puente, S. y Cohen, D. (2003). Jealousy and the meaning (or Nonmeaning) of Violence. *Personality and Social Psychologyl Bulletin*, 29 (4), 449-460.



Rodríguez- Carballeira, A., Almendros, C., Escarpín, J., Porrúa, C. Martín-Peña, J., Javaloy, F. y Carboles, J. A. (2005). Un estudio comparativo de las estrategias de abuso psicológico: en pareja, en el lugar de trabajo y en grupos manipulativos. *Anuario de Psicología*, 36 (3), 299-314.

Sabini, J. y Green, M. C. (2004). Emotional responses to sexual and emotional infidelity: Constants and differences across genders, samples, and methods. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 11, 1375-1388.

Salovey, P. (1991.). *The psychology of jealousy and envy*. New York: Guilford.

Salovey, P. y Rothman, A. (1991). Envy and jealousy: Self and society. En P. Salovey (Ed.), *The psychology of jealousy and envy* (pp. 271-286). New York: Guilford.

Shackelford, T. K. (2005). An evolutionary psychological perspective on cultures of honor. *Evolutionary Psychology*, 3, 381-391.

Smith, E. R. y Mackie, D. M. (1997). *Psicología Social*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.

Trivers, R. L. (1972). Parental investment and sexual selection. En B. Campbell (Ed.), *Sexual selection and the descent of man* (pp. 136-179). Chicago: Adline.

Van Sommers, P. (1989). *Jealousy*. London: Penguin Books.

White, G. L. (1991). Self, relationship, friend, and family: Some applications of systems theory to romantic jealousy. En P. Salovey (Ed), *The psychology of jealousy and envy* (pp. 231-251). New York: Guilford.

White, G. L. y Mullen, P. E. (1989). *Jealousy: Theory, Research, and Clinical Strategies*. New York: The Guilford Press.